

rrieron cantando la *Marsellesa*. La muchedumbre deliraba de entusiasmo agitando banderas, muchas de las cuales se fijaban en las ventanas y balcones. Mas á las cuatro de la tarde ¡oh decepción! los partes oficiales no daban idea de triunfo semejante. Entonces, sólo entonces se comprendió que aquel parte habría sido villanamente forjado por algún jugador de bolsa. El Gobierno aseguró que el culpable había sido preso; mas nadie supo su nombre, porque seguramente no se había preso á nadie. Por la noche se formaron muchos grupos animadísimos junto á los ministerios y en tanto que se cantaba la *Marsellesa* y los *Girondinos*, seguían reclamándose noticias.

De pronto, al caer las nueve, corre la voz de que han llegado noticias. ¿Confirman la toma de Landau? se preguntaba. ¿Ha sido preso el Príncipe real con sus veinticinco mil hombres? El despacho era éste. Metz á las seis y treinta y cinco minutos.—No se han recibido todavía noticias de Mac-Mahon. Junto al Sarre el ejército del general Frossad ha sido el único entrado en batalla y el resultado es todavía incierto. Se tiene buena esperanza.

Semejantes noticias no eran para tranquilizar á nadie ni menos calmar la pública ansiedad. Pues ¿por qué no se tenían á las seis de la tarde después de una jornada de guerra, noticias del general Mac-Mahon? La inquietud, el vago presentimiento comenzaron á comprender algún desastre. Y el afán creció: la gente permanecía en corros junto á los ministerios comentando y repitiendo la noticia. Por fin, á la una de la noche y cuando la efervescencia de ansiedad era inmensa, llegó el siguiente parte que el ministro leyó á la muchedumbre con voz embargada por vehemente emoción. El ejército del general Frossad va en retirada. No hay más pormenores. Ni falta hacían; aquella noticia heló de terror á todos. Mas aun no conocía Francia ni París toda la extensión de los desastres que sobre ella caían. Desgraciadamente fueron comprendiéndola los franceses con la serie de despachos que, aunque desfigurados, revelaban claramente los terribles reveses que su ejército y los países del Este sufrían.

Tales despachos, leídos y comentados uno tras uno, llenaron de luto á París, cuando al despertar tras la calentura del día 6 de Agosto se encontró con estas verdades siniestras. La capital y luego las provincias sintieron anonadadas de estupor.

«Metz, á las doce y media de la noche de 7 de Agosto. El general Mac-Mahon ha perdido una

batalla. En el Sarre, el general Frossad ha tenido que retirarse, practicándose en buen orden la retirada. Todo puede restablecerse todavía: Napoleón.»

«Metz 7 de Agosto á las doce y veinticinco minutos de la noche. El general Mac-Mahon ha sufrido un serio revés en Reischoffen. Se repliega y cubre Nancy. Las tropas que están en derredor de Metz se hallan en disposiciones excelentes.... Las pérdidas del enemigo son considerables y retardan su marcha. La prueba es dura, mas no es superior á los esfuerzos del patriotismo de la nación. No es posible precisar el número de nuestras pérdidas. Se practica el movimiento de retirada y concentración. El general Coffiniere organiza la defensa.»

«Metz, 7 de Agosto, á las nueve y treinta minutos de la noche. Metz se prepara á una vigorosa defensa. El comandante superior de la plaza ha mandado á los extranjeros alemanes procurarse un permiso de residencia.»

«Metz, á las tres y treinta y cinco minutos. El enemigo no ha perseguido vivamente al general Mac-Mahon. Desde ayer cesó toda persecución. El general concentra sus tropas.—Napoleón.»

Al día siguiente, mientras que los boletines prusianos anunciaban que los resultados del 6 de Agosto eran «más satisfactorios de lo que se esperaba, y que en Forbach los bagajes y tiendas de las dos divisiones habían caído en manos de los prusianos, y que el rey Guillermo participaba á la reina Augusta que su Fritz (Federico) había batido al ejército de Mac-Mahon, reforzado con el ejército principal,» los telegramas publicados por el ministerio francés se esforzaban por tranquilizar á los pueblos, y nadie se atrevía á declarar lealmente la verdad al país. El día siguiente, entre otros telegramas, se publicó el siguiente en París.

Metz, 8 de Agosto de 1870, á las siete y cincuenta minutos. El ejército se concentra para marchar á los Vosgos y defender sus pasos. La noche se ha pasado tranquila.

No ha habido combate.—Napoleón.

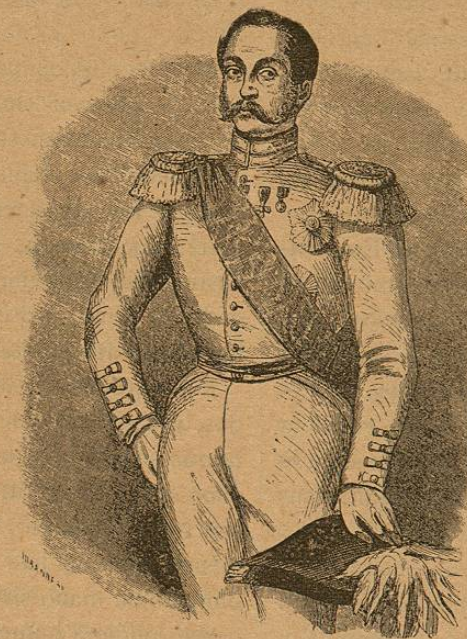
A consecuencia de tales derrotas cayó el ministerio Ollivier, sustituyéndole el ministerio Palikao que no era tan impopular como aquél.

Palikao y sus colegas parecían dispuestos á intentar todo con tal de salvar á su patria.

Pero procediendo por el mismo sistema de engañar, permítase la palabra, de engañar al público con falsas noticias que al día siguiente quedaban desmentidas, no logró captarse la confianza, por más que el pueblo le sintiera en gran parte desde

el momento en que se había dado el mando en jefe del ejército á Bazaine. De eso provenía un malestar y una excitación en todos los ánimos, y era de temer por la dinastía aquel estado de cosas que, si se agravaba con la noticia de algún otro desastre sin compensación de victoria, podía dar al traste con el imperio y con los Bonaparte. «La opinión general, escribía entonces Lord Lyons, es que otra derrota sería fatal á la dinastía.» Los pareceres disienten algo empero, respecto de una victoria, y no parece seguro que ni siquiera el buen éxito del ejército en el campo de batalla pueda desviar una revolución.

Vino el 15 de Agosto, día de fiesta imperial, que se distinguía por la ordinaria lluvia de condecoraciones y amnistías. Mas aquel año no hubo más regocijo que el producido por este despacho tranquilizador después de tantas noticias nefastas. «El Emperador á la Emperatriz. Longueville á las cuatro y diez minutos de la tarde. El ejército ha comenzado á pasar la orilla izquierda del Mosela. Los reconocimientos practicados esta mañana no han señalado la presencia de ningún cuerpo enemigo; mas cuando había pasado la mitad de nuestras fuerzas los prusianos han atacado con violencia. Después de una lucha de cuatro horas han sido



ALEJANDRO II, EMPERADOR DE RUSIA

rechazados con grandes pérdidas.» No obstante, pronto habían de recibir otro desengaño los franceses que á voz en grito encarecían la victoria de Longueville.

Mientras tanto, se moviliza la guardia nacional; se llama apresuradamente á las reservas; el general Changarnier es llamado á toda prisa por el Emperador; el general Trochú toma el mando de París, y, para el caso de que los prusianos se presenten delante de la capital, se refuerza ésta para hacer una resistencia formidable. Moralmente el imperio había muerto, y si la precipitación de los sucesos no hubiese producido un Sedán, otro suceso cualquiera habría bastado para derrocar el solio francés.

Excitado el patriotismo no se piensa más que

en vencer á los prusianos, y sin duda á causa de esta excitación se proclama una orden injusta, absurda, que no tiene nombre, la de que todos los prusianos residentes en Francia salgan inmediatamente de ella. Por todas partes creen ver espías los franceses, y en varios puntos se perpetran crímenes horribles en personas de quienes se sospecha que puedan estar en comunicación con el enemigo.

Bazaine había tomado el mando superior del ejército; Mac-Mahon, con su ejército flanqueado por el mismo cuerpo de prusianos que le derrotara en Voerth, seguía su retirada hacia Chalons ó Metz. Nancy quedó evacuada por la guardia imperial, y Napoleón se disponía á salir de Metz, aquella plaza que le sirviera hasta allí de cuartel gene-

ral, para retirarse también á Chalons. Mientras tanto Alemania vomitaba ejércitos sobre Francia y ocupaba la Alsacia y Lorena, administrándolas como si ya le pertenecieran.

Avanzan los prusianos, y á la vez que se presentan delante de Estrasburgo se apoderan de Nancy imponiéndole contribución de guerra (cincuenta mil francos) y raciones, y amenazan caer sobre Metz. Los prusianos, que tenían mejores espías que los franceses, supieron que el ejército de Bazaine y Mac-Mahon se concentraban para salvar la retirada de Napoleón y asegurar mejor la de sus respectivos ejércitos. Pero los alemanes trataron de dar un golpe decisivo, apoderándose del Emperador. «Al efecto, dice el escritor citado, pasaron el Mosela algunas tropas y se ocultaron entre la arboleda, obligando á Bazaine á que destinara algunos regimientos para cubrir la marcha del Emperador, lo que hicieron, no sin tener que sostener más de un combate, pues los hulanos iban en su seguimiento, en tales términos, que escasamente se llevaba el convoy imperial una hora de ventaja.

»Poco tiempo después de la salida del Emperador de Metz, Bazaine emprendió su movimiento de retirada. Bazaine se veía próximo á quedar cortado, y para evitarlo dispuso primeramente la salida del Emperador, lo que retrasó su movimiento, y después trató de pasar el Mosela, á fin de ganar la pequeña aldea de Borny, que por su situación le era más conveniente, á fin de tener expeditas sus comunicaciones con el resto del ejército.

Indudablemente no creyó que el enemigo se atrevería á combatirle bajo los mismos fuegos de la plaza, y cuando las divisiones de L'Admirault y Decaen, que ya cruzaban el Mosela, se vieron atacadas por los prusianos que abandonaban sus posiciones de Naisseville, Montoy y Conicy, comprendieron que no tenían más remedio que vender caras sus vidas.

En este tiempo, y en medio de terribles peligros, se verificaba el viaje del Emperador y del Príncipe imperial desde Longueville. La noche del 14 la pasa en casa del coronel Henveque, propietario de las cercanías, acampando su escolta en derredor de la quinta. Admirablemente informados siempre los prusianos, intentan coger por un golpe de mano atrevido al Emperador. Ocultos en los bosquecillos, un regimiento de hulanos entra en Moulins, mientras otras fuerzas marchan sobre el puente de Longueville. Los ingenieros vuelan el puente y tienen que entregarse prisioneras sus vanguardias. Además, desde el fuerte de San Quintín de Metz, el

fuego de cañón molestaba mucho á los alemanes. Algunas horas más, y el ejército del Príncipe real, que había pasado el Mosela entre Noveaut y Nancy, coge al Emperador en su marcha sobre Verdun.

La noche del 15, Napoleón III y su hijo la pasaron en la quinta de un labrador de Gravelott, M. Plaisant, y á las cuatro de la mañana marcharon en coche con una pequeña escolta, yendo su Estado mayor por otro camino. Granaderos de la Guardia, tres regimientos de caballería y cazadores de África, mandados por el marqués de Gallifet, protegían su marcha, combatiendo con los hulanos á cada instante. El Emperador pasó por Conflans, almorzó en Etain, y por fin llegó á Verdun.

Poco detrás de él, la vanguardia del ejército, Steinmetz, buscando su punto de unión con los ejércitos de los príncipes, llegaba desde Thionville, y en Doncourt ocupaba el camino por donde acababa de pasar el Emperador, almorzando el general en la misma mesa de Napoleón III.

El combate tenía lugar diez kilómetros más atrás, y Bazaine hacía retroceder al general Steinmetz, mientras que su cañón, desde las alturas de Gravelotte, Vionville y Mars-la-Tour, hacía retroceder al príncipe Federico Carlos. El Emperador, ignorante del combate, no había podido asistir á él.

En Verdun, el Emperador recibió las autoridades, y casi solo con el Príncipe llegó á la estación, donde sólo había dos vagones de tercera clase. En ellos subió la comitiva imperial, y el Emperador, por todo almuerzo, bebió un vaso de vino en la misma copa del jefe de la estación. Esta copa y un pañuelo de mano sirvieron para que el Príncipe imperial pudiera humedecerse un poco los ojos y el rostro. Los caballos se colocan en el tren, y así llega el soberano de la Francia al campo de Chalons en la mañana del 17, donde se encuentran fuerzas inmensas y se prepara la suprema batalla.

Las pérdidas fueron inmensas por ambas partes, pues si los franceses pelearon con encarnizamiento, los alemanes lucharon también del mismo modo, y ambas artillerías se causaron recíprocamente horribles destrozos llegando el número de bajas del ejército alemán á once mil y el de los franceses á siete mil.

Aproximábase el fin de Agosto y no se haría esperar mucho el triste desenlace del primer período de la guerra. Después de sus tergiversaciones y vacilaciones habituales, Napoleón se decidió á pasar á Metz.

Imprudente era esta marcha, pero por su audacia podía tener buen resultado, con tal que se efec-

tuase rápidamente y produjese en las retaguardias prusianas una verdadera sorpresa.

Se comprende que teniendo Mac-Mahon sobre el Príncipe real en marcha hacia Chalons, una ventaja de varios días, podía, pasando el Mosa, caer sobre el ejército del Rey que se hallaba en las Ardenas, mientras Bazaine saliendo de Metz atacaría furiosamente al ejército de Federico Carlos. Atacados así los dos principales ejércitos prusianos por delante y detrás á un tiempo, podían ser batidos, no quedando luego más que el ejército del Príncipe real, contra el cual lucharían Bazaine y Mac-Mahon reunidos con cerca de trescientos mil hombres. Tal era el plan francés que Palikao esperaba ver triunfar. En cuanto á los prusianos, intentaban oponer el ejército de Federico Carlos á Bazaine, mientras el del Príncipe real atacaría al de Mac-Mahon, y el del Rey de Prusia, colocado entre las tropas de los otros dos generales, quedaría á la expectativa, dispuesto á reforzar las unas ó las otras. Mac-Mahon había de pasar el Mosa para efectuar su evolución y hacer levantar el bloqueo de Metz y luego acometería al Rey de Prusia. Pero las vacilaciones hicieron que en vez de atacar, fuese atacado y perdiese de hora en hora la ventaja que llevaba al Príncipe real. Al saber que se habían perdido más de veinticuatro horas, Palikao sintió una especie de desesperación, y el general de Wimpffen afirma en su libro sobre *Sedán*, que el ministro de la Guerra se fué á ver á la Emperatriz, dándole á entender que si la orden dada al general de ir á Metz no se efectuaba inmediatamente, él, Palikao, haría anunciar por toda la Francia, que el Emperador era la causa de desastres futuros é inevitables.

Nada había detenido la marcha de los prusianos que habían podido pasar el Mosa por puentes minados, sin que nadie tuviera ocasión de volarlos. A la mañana del día 31, en hora en que el Emperador se desolaba sin tomar un partido, y en que Wimpffen tomaba sus disposiciones para abrirse paso y retirarse á la plaza fuerte de Mezieres, lo cual podía efectuarse todavía obrando con decisión, ochenta mil alemanes pasaban el Mosa y cortaban la retirada de Mezieres. Eran las cuatro de la tarde; sólo quedaba libre un camino, el de Bélgica. Empeñóse la batalla el día 1.º de Septiembre sin quererse dar oídos al general Wimpffen que probablemente habría evitado la gran catástrofe, que tanto iba á influir en los destinos de Francia, si como proponía, se hubiese empezado por rechazar los bávaros al Mosa, y luego con todas las fuerzas de

Félix Douay, Wimpffen y del Emperador, se hiciera frente al enemigo.

Toda la preocupación de Wimpffen y de Ducrot en aquella jornada, fué evitar una capitulación y la vergüenza de ser cogidos todos los franceses como en una ratonera. Pero era difícil moverse en aquel campo que los prusianos habían sabido estrechar con cuatrocientas piezas de artillería.

Los destrozos causados por los proyectiles prusianos estallando en las filas francesas, eran realmente espantosos.

Bajo aquella lluvia de hierro, cuya proyección era cada vez rectificada por los artilleros alemanes tirando á golpe seguro, los batallones de los cercados se removían con ese afán siniestro precursor de la derrota. Aquella matanza horrible contra la cual nada podía el valor, no siendo bien dirigido ni alentado, encendía en todos los soldados franceses el odio ó el miedo.

Las tropas de Félix Douay, caían como segadas. Las bombas estallaban en medio de los escuadrones; la caballería no podía formar en línea, la infantería se arredraba y no quería avanzar. La artillería prusiana desmontaba las baterías francesas, de menor alcance, que se fijaban para proteger á las tropas, á la vez que destruía las ametralladoras, inútiles para disparar á la distancia de los cañones alemanes. Y lo más terrible era, que estos cañones se iban aproximando cada vez más y formaban en torno de los franceses como un círculo de muerte más estrecho á cada momento. En lo más recio de la contienda y cuando los batallones prusianos se disponían á marchar sobre el desmoralizado y desorganizado ejército francés, Wimpffen mandó por dos conductos llevar al Emperador este billete: «Señor: Me decido á forzar la línea que se encuentra delante del general Lebrun y el general Ducrot, antes que ser prisionero en la plaza de Sedán. Venga V. M. á ponerse en medio de sus tropas, y tomarán á honra y empeño abrirle un paso. A la una y cuarto, 1.º de Septiembre; Wimpffen.» Pero Napoleón no supo en aquella hora suprema tener valor y... quiso capitular.

Tras de la capitulación de Sedán en virtud de la cual quedaban el Emperador y su ejército prisioneros de guerra, lógico es presumir lo que sucedió en París al tener noticias de lo ocurrido.

En Lyon se proclamó la República y lo mismo sucedió en París, donde al convocarse la Asamblea, Julio Favre propone la destitución de la dinastía bonapartista y en las Casas Consistoriales por Julio Favre y Gambetta, fué también proclamada la

República, formándose un Gobierno Provisional compuesto de Aragó, Cremieux, Favre, Ferry, Gambetta, Garnier Pagés, Glais Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Julio Simón, y el general Trochu.

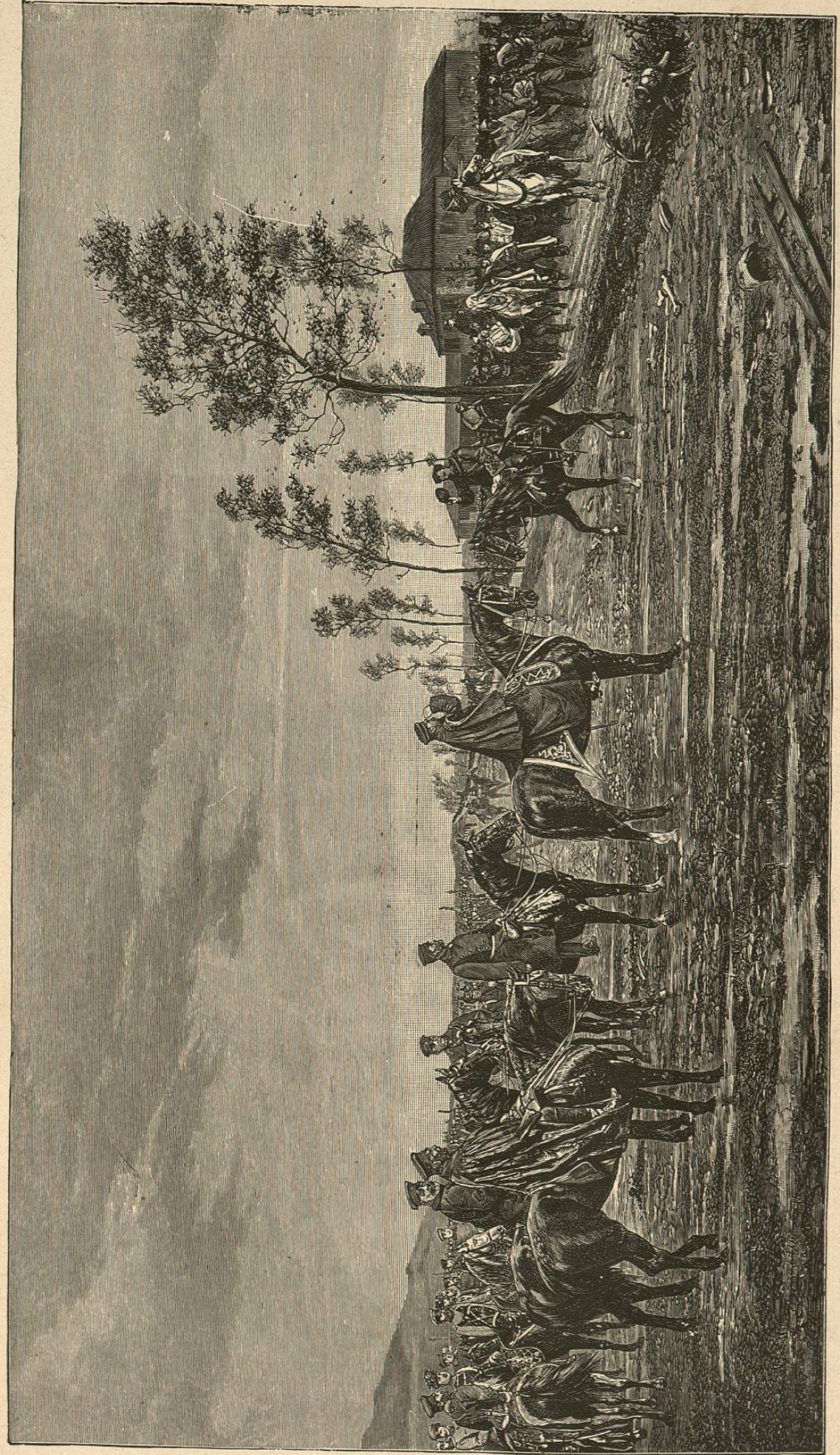
El nuevo Gobierno quiso entrar en tratos con Alemania, puesto que ésta había dicho que hacía la guerra al imperio pero no á la Francia, mas como suele ser distinto en cuestiones internacionales ofrecer y cumplir, Alemania no podía renunciar á lo que ya tenía preconcebido al empezar la guerra, puesto que sabía mejor que los mismos franceses el estado en que la nación se encontraba.

Resultado, que las negociaciones se rompieron, que se hicieron nuevos aprestos para continuar la

lucha, que se desencadenaron las pasiones á pesar de los esfuerzos hechos para contenerlas, puesto que también el desastre era grande y había exasperado á todos.

Y como si esto no fuese suficiente, poco después llegó la capitulación de Metz á llevar el furor á su colmo, á desbordar las pasiones, á inaugurar con la desesperación, la era de atropellos, crímenes y excesos que con tan siniestros colores retrata el triste periodo de la dominación de la Comuna.

Los alemanes se presentaron ante París y la extensa fortificación de la gran ciudad fué atacada por los que habían proclamado que sólo hacían la guerra al imperio, pero no al pueblo francés.



Mayor de Wichmann General Fransecky

General de Stiehle

Príncipe Federico Carlos de Prusia

General Desvaux

RENDICION DE METZ (29 de Octubre de 1870) Cuadro de Freyberg